



1913 01015





RODRIGO, ó la pérdida de España.

I.



ledo fué durante el dominio de los Reyes Godos la Ciudad predilecta y la Corte de la España. En tiempos de Rodrigo, último Monarca,

ostentaba sus suntuosos palacios, sus ricas basílicas, sus fuertes murallas, fundadas sobre rocas á la márgen del Tajo y guarnecidas de cien torres elevadas. Mas ¡ah! esta grandeza fué muy pasajera, y en la opulenta Corte de los Godos se respiraba un aire inficionado que la adormecía al borde del abismo abierto á sus pies.

Un día al despuntar la aurora todas las campanas de la Ciudad, tocadas á rebato, proclamaron los peligros de la patria, y reconviniéron con su concierto aéreo la indigna ociosidad de los españoles, dando la señal de alarma entre los habitantes. Estos sobrecogidos de terror salían á los umbrales de sus puertas y se esparcían por

las calles preguntando la causa de tan desusado rumor. Todos convenían en que la España estaba amenazada de grandes calamidades, y que el altivo Conde D. Julian se había separado del Rey, amenazándole borrar con una venganza terrible la afrenta que se decía haber hecho á su hija Florinda. Decíase también que Rodrigo, empeñado en escudriñar lo que encerraba una caverna oculta desde tiempo inmemorial, solo había encontrado evidentes señales de la pérdida de su corona, y de que la España sería invadida y assolada por una raza desconocida. Los ancianos añadían que estas noticias se le habían comunicado entre horribles visiones y ruidos espantosos, que la tierra había temblado, que las estatuas de los Santos que estaban en la Catedral se habían vuelto por sí solas hácia el lado del Mediodía, y que las de los antiguos Reyes Godos se habían incorporado sobre sus sepulcros.

Estos runores circulando de boca en boca helaban de espanto todos los corazones de la multitud; conociendo que todos aquellos eran presagios del castigo del Cielo que se merecía la re-

lajacion y desorden de las costumbres. Los recursos humanos eran insuficientes para evitar esta catástrofe, y así todos se reunieron á los sacerdotes para levantar sus corazones á Dios al pie de los altares. De este modo los ánimos se calmaron y la Ciudad tomó un aspecto mas tranquilo; solo se notaba el estandarte real que ondeaba en la mas alta torre del Alcázar; cosa que solo se verificaba en circunstancias graves y extraordinarias. Tambien era una señal de llamada, y por esta razon iban concurriendo á la régia vivienda los gefes del estado, los amigos del Príncipe, y aquella juventud que no conocia mas que la alegría y los placeres; pero hecha juiciosa por la crítica situacion, y todos esperaban las órdenes del Soberano.

No tardó en presentarse Rodrigo, hijo de Teodofredo y nieto de Chindasvinto, varon adornado de las prendas que forman un gran Rey, y de las que dió felices muestras en los primeros dias de su reinado; mas no tuvo mano fuerte para reprimir y reformar las costumbres desordenadas de su época, y se dejó llevar de todos los extravíos de sus predecesores. Sin embargo en aquel peligro habia recobrado toda su grandeza de alma. Contempló un momento con satisfaccion aquella multitud, y luego la habló en estos términos.

«Estoy satisfecho; habeis concurrido á la voz del Soberano y de la patria. El Soberano os lo agradece, pero la patria espera otra cosa de vosotros. Los peligros son graves é inminentes porque amenazan á la vez á la Religion y al Estado, á nuestras libertades y á nuestras creencias. La España está invadida por los Moros... la traicion, la infame traicion se lo ha facilitado. El traidor Julian, sacándolos de los áridos desiertos del Africa, les ha mostrado las deliciosas costas Españolas

y los ha precipitado en ellas, sedientos de sangre y de carnicería. Creen que estamos afeminados con los placeres, que nuestros débiles brazos no pueden manejar la espada, piensan que solo somos hábiles en los juegos é infatigables en las fiestas, que solo encontrarán mugeres que combatir, ó mas bien reducir á la esclavitud. Pues bien, ¿dejarémos realizar las esperanzas de los bárbaros y sin castigo al traidor Julian? ¿Dejarémos perecer la gloriosa monarquía de los Godos y el ínclito nombre de nuestros mayores?... No, no, á las armas!»— respondieron por todas partes.

Pues bien, mis fieles vasallos, mis valientes amigos, mis nobles caballeros, que cada uno se prepare á seguirme. El antiguo estandarte de los Godos va á ondear al frente del enemigo: yo le conduzco en persona y no le volveré sin honor. Alto, á las armas, la patria os llama, Dios os mira, y vuestro Rey os espera.

II.

Cerca de Jerez, y á las orillas del rio Guadalete, hay una inmensa llanura, terminada á un lado por elevadas montañas, y al otro por la undosa corriente del rio. Allí se dió en 714 una de las mas sangrientas y obstinadas batallas, de que la historia conserva el recuerdo: allí el barbarismo africano vino á medir sus fuerzas con la gloriosa y antigua monarquía de los Godos; y allí empezó el memorable drama que despues de ocho siglos de encarnizada pelea terminaria por abatir el pendon del islamismo.

Allí, segun la promesa del Monarca, estaba levantada su tienda real, y sobre ella ondeaba el estandarte de los Godos. Al rededor de esta insignia sagrada estaba toda la España que á la voz de su Monarca se habia puesto en

pie pronta á combatir. Por todas partes acudian presurosos hombres armados de diversas maneras que se iban incorporando en las tropas de sus respectivas provincias, el ejército que al principio ocupaba un espacio muy reducido se extendia ya cubriendo los valles y colinas, envolviendo las aldeas y las villas, siendo precisos prodigios de actividad é inteligencia para establecer una exacta disciplina en tan heterogénea multitud. D. Sancho, sobrino del Monarca, estaba allí con toda la nobleza de las provincias meridionales, mientras que Pelayo, hijo de Favila, y héroe descendiente de Chindasvinto, traia en pos de sí cuanto habia de ilustre en las costas de Cantabria. D. Opas el traidor tambien estaba allí. D. Rodrigo desde el elevado punto que ocupaba dispuso su ejército de modo, que aprovechando la superioridad numérica presentase la batalla en una posicion ventajosa cuando los moros avanzasen á lo interior del pais. Su ala izquierda apoyaba su extremo en las márgenes del rio, y la derecha llegaba hasta las primeras montañas de la gran cadena bética; así aquel no era un campo de batalla ordinario sino un cerrado palenque que imposibilitaba toda retirada, donde los Españoles acampados al rededor de sus banderas esperaban la llegada de sus enemigos en la persuasion de vencer ó morir. No tardaron estos en presentarse, los centinelas avanzados descubrieron hácia el lado del mar y á la entrada de los desfiladeros de las montañas algunos puntos negros, que se fueron aumentando conforme se aproximaban, hasta que presentaron á los Españoles la perspectiva de un inmenso ejército que avanzaba en buen orden hasta ocupar la línea de alturas que cerraba el campo por el lado opuesto al que ocupaban nuestras tropas.

Los dos ejércitos estaban ya uno enfrente de otro, mas no se rompieron de modo alguno las hostilidades; la noche estaba vecina, ¿y á qué cansarse en ensayos inútiles la víspera de una lucha á muerte? En el campamento de los Moros ardian muchas hogueras y reinaba un silencio interrumpido á veces por voces misteriosas. Desde lejos no se podia conocer si eran los gritos de los centinelas, las plegarias de los imanes ó los acentos del ángel de la muerte. Por nuestra parte estaba mas animada la escena, hogueras ardian en varios puntos del campo, al rededor de ellas y de las tiendas los soldados fatigados se entregaban al descanso; un sordo murmullo, producido por aquella multitud, era interrumpido por los gritos de los escuderos, el relinchar de los caballos y las voces de alerta que sonaban periódicamente.

Los hombres de armas examinaban las suyas y ajustaban sus arneses, los flecheros preparaban sus arcos y mudaban las cuerdas mientras que los Capitanes se estrechaban al rededor de los *Bairdhos*, que segun la antigua usanza de los Godos entonaban su cancion de muerte, inspiracion guerrera, acompañándose con sus instrumentos de música. Ya celebraban las hazañas de los reyes Godos Wamba, Flavio, y Recaredo, ya de los héroes Godos que habian cantado á vista de la muerte y habian espirado riyendo. Despues de cada estrofa en alabanza de los muertos dirigian tambien enérgicos avisos á los vivos. Velad, guerreros, velad, el tigre escondido acecha su presa, guerreros, despertad, arda la lucha, volad á la victoria." Así cantaban aquellos varones, y todos al escucharlos ardian en ansia de venganza, y en víspera de una jornada decisiva se sentian animados de un valor indomable.

III.

Apenas brillaba el sol en el horizonte cuando Rodrigo revestido de la régia púrpura subió en su carroza de marfil, chapeada de oro, recorrió las filas de su ejército, y después de situarse en el centro, dijo volviéndose á los suyos.—«Veis allí al enemigo que buscáis, maldicion al que sucumba á su yugo bárbaro, la muerte es preferible á los males que os prepara. Dijo, y los instrumentos bélicos resonando por todo el campo dieron la señal de la pelea.

Responden á esta señal un diluvio de flechas y una inmensa gritería que repitieron y aumentaron los ecos de las montañas mas lejanas. Entonces los dos ejércitos abandonando instantáneamente sus posiciones avanzaron á encontrarse, y chocaron con increíble furia en medio de la pradera. Durante mucho tiempo aquello no fué mas que una lucha encarnizada en que trescientos mil hombres se degollaban sin descanso y sin piedad, tiñendo en sangre las campiñas y las ondas del Guadalete; una multitud inmensa por entre la que el furor bélico discurría revolviendo sin cesar y llevándose en cada vuelta millares de víctimas. ¿Quién podrá referir los esfuerzos, el entusiasmo, las ínclitas hazañas ocultas entonces en el seno de aquel espantoso desorden. La conducta de gefes y soldados fué como de hombres que sabian estaba pendiente de su esfuerzo la ruina ó la salvacion de la patria. Pero sea que la disciplina morisca triunfase ayudada de D. Opat y los secuaces que se pasaron á su bando en lo mas recio de la pelea, sea mas bien que estaba llegado el tiempo decretado por la Justicia Divina para que la España pasase al dominio de los Africanos, estos triunfa-

ron al cabo, y los restos desordenados de los Godos se dispersaron sembrando el espanto y consternacion por todas partes, huyendo á las montañas inaccesibles á llorar sus desventuras y esperar la época de una restauracion gloriosa.

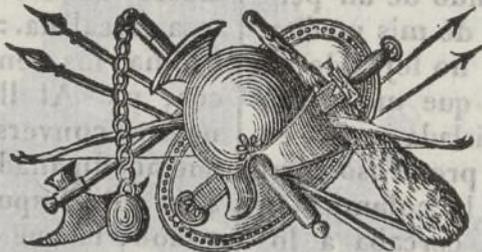
¡Qué mutacion produce un solo dia en las cosas humanas! Al despuntar la aurora los dos ejércitos estaban uno enfrente de otro. De un lado infinitas tiendas con banderolas de diversos colores: las márgenes del rio cubiertas de combatientes llenos de confianza en su valor y en la santidad de su causa: del otro un diluvio de hombres notables por sus armas y variedad de sus trages, situados al pie de las colinas y ansiosos de sangre y de botin. Pues bien, á la noche estos hombres ya no existian, el tumulto habia cesado, y aquellas formidables legiones que iban á disputarse la victoria bajo el hermoso cielo de la Andalucía, las unas estaban tendidas en el polvo, ó envueltas en la corriente del rio, mientras que las otras guardaban un campo de batalla cubierto de cadáveres, ú olvidaban entregados al sueño un triunfo tan costosamente adquirido.

Que fué del Rey D. Rodrigo se ignora todavía: en vano le buscaron entre los que habian huido y los que habian quedado muertos en el campo. Al principio de la accion habia dado sus disposiciones con serenidad y bizarría; después cuando la lucha estaba mas empeñada, y la fortuna parecia inclinarse al lado del enemigo, se habia bajado de su carroza, y montando en *Orelia*, su caballo favorito, se habia lanzado en lo mas intrincado de la pelea, gritando.—«Aquí, mis Godos! aquí, mis valientes camaradas! Esto es lo que se sabia al concluir la batalla; pero al dia siguiente se encontró á la orilla del rio su corona de oro, su manto de escarlata, su espada ensangrentada, y jun-

to á estos tristes despojos el caballo Orelío que relinchaba tristemente escarbando en la tierra con sus manos, y huyendo al otro lado del rio cuando quisieron apoderarse de él. Algunos años despues se encontró en Viseo de Portugal un sepulcro con esta inscripción:

Hic jacet Rodericus, ultimus Rex Gothorum.

Aquí yace Rodrigo, último Rey de los Godos.



ANOCHHE.

Todas las estaciones tienen sus placeres, pero ninguna tanto como el invierno, esto es, para aquella parte de la gran familia española, que tiene casa cómoda, buen fuego que le proporcione en su cuarto 18 grados sobre cero, buena cocinera, ó si se quiere cocinero, y un bolsillo bien provisto para que la habilidad de éste no yazca ociosa ni un momento; criados que la sirvan, y si la suerte se empeña un landó inglés con dos yeguas normandas, y un par de mulas manchegas para que las noches frias arrastren una *bastarda* y la lleven el jueves á casa del Embajador de L"... los domingos á casa del marqués de R... y el jueves siguiente al baile de la se-

Así se perdió la libertad y civilización que en aquella época alcanzaba nuestra patria, así se quebró el cetro de oro y se hundió el trono de Rodrigo, y con él la gloriosa monarquía que habia estendido su dominio desde Tánger á la elevada cumbre del Pirineo.

F. F. Villabrilie.

ñorita de V"... el que tales comodidades disfrute puede esclamar; qué hermoso es el invierno!... Hay algo comparable con los placeres que me proporciona esta escogida sociedad! = El bello sexo encantador se ha disputado á porfia el agradarme, acomodando á sus seductores contornos las invenciones mas esquisitas de la moda: en estas reuniones todo convida á gozar; qué de placeres no proporciona un rigodon?... Tal beldad que no escuchó la declaracion de apuesto doncel, porque la mamá estaba presente, ó la sorprendió cuando menos la esperaba, oye al compás de una contradanza la ardiente pasion que supo inspirar, y al hacer un *traversé* siente estrechar su

mano!... Verdad es que estos placeres van mezclados á veces de sinsabores, pero esto es una regla general, una fatalidad que preside á todas las cosas humanas, con la que es preciso conformarse ó suicidarse. Un amante infiel no es menos comun que una mujer ingrata: todo está compensado en este mundo.

Estas y otras reflexiones me estaba haciendo anoche, mientras que al son de un piano danzaban ellos y ellas, cuando un pisoton seguido de un perdone usted me distrajo de mis meditaciones, y me hizo ver no lejos de mí una jóven sentada. Yo que me precio de amable, al verla aislada y sola en medio de tanta gente, presuroso corrí á su lado rompiendo la columna en masa de mirones que cercaba á los bailarines. = Hablamos del tiempo, del alumbrado, del calor que producía tanta luz y tanta gente encerrada en una sala, de las pulmonías, y por último vinimos á parar á las telas y hechuras de los vestidos: habiéndome acordado felizmente de lo que había leído aquella mañana en un periódico francés, dándome cierto aire de pertenecer á la aristocracia de la inteligencia, la dije: = Y esos tejidos admiran á V.:

Siglos hace que las damas romanas llevaban ya vestidos transparentes como el cristal. = Qué dice V. = Lo que V. oye, y apuesto cualquiera cosa que no tardarán en ser de moda... Mr. Olivi, fabricante Veneciano, acaba de hacer inmensos adelantos en el tejido del cristal. ¿De verás? = Como que ha logrado dar á este tal flexibilidad que no salta aunque le dé V. veinte nudos?... Calle usted... serán dignos de verse esos preciosos vestidos!... y soltó una estrepitosa carcajada. = No, no lo tome V. á broma, los tiene V. transparentes, opacos, y... Al llegar aquí interrumpió nuestra conversacion una de las bellas que acompañada de su galan se dirigió á mi silla despues de concluido el rigodon, la que cedí haciendo dos cortesías á duo con su pareja. Me alejé de aquel sitio para despedirme de la Señora de la casa, y abrochándome el frac, poniéndome el pañuelo en la boca, me lancé por esas calles de Madrid y llegué á mi casa con felicidad, á pesar de la obscuridad de la noche, y de los olores, resto que por las calles dejan los restos de esta muy heroica Villa.

